



# LUZ MARINA

Luz Marina... Sigue apretando tus labios. Ellos pueden volver. Deja que corra tu sangre en silencio. Debajo del catre. En la oscuridad total del rancho. Hay tierra en tu cuerpo. Y hay sangre tuya en la tierra por la que te has arrastrado desde la cerca donde ¿te han violado? -ni siquiera eso sabemos con seguridad, no importa- y te han metido un balazo en tu vientre. Luz aplastada por el manotazo de los prepotentes.

Sabemos que no eras una guapa. Como cualquiera de nosotros. Que tenías -tal vez ahora ya no- mucho miedo. Pero tuviste la osadía de ser libre ante tu propio miedo. Como Jesús. Visitaste algunas de las quince familias del caserío Gloria Escondida -bonito nombre, ¿lo inventaron para ti?-. Conociste su pobreza, sus angustias, su terror ante la prepotencia de los dueños de esas tierras mexicanas. Y en la Eucaristía, al caer la tarde, reflexionaste con ellos sobre el amor que une, sobre el pago bajo a los trabajadores.

Y, en la noche, los dueños de las tierras, los dueños del sudor campesino, los dueños de toda carne fresca de mujer, aunque sea de la "madrecita", te han sacado del rancho de Caritina y su hija María Luisa, te han arrastrado hasta la cerca. Caritina te ha gritado: "camine con ellos, madrecita, que, si no, la van a matar". Y tú, libre ante tu propio terror, te has resistido. Y ha sonado el disparo. La herida no es necesariamente mortal. Pero no hay médico ni enfermera. Y el terror es más negro que la noche. Y la sangre fluye humilde. Mujer pobre de América Latina. Una más.

Y bajo tu catre, largo silencio. Negro silencio. Solamente los brazos y el terror impotente de Caritina, también ella violada. Y de María Luisa, esperanza virgen en medio del barro y la brutalidad. Y tú, perdonando. Agradeciendo a Caritina que sea tan buena contigo. Y diciéndole que te mueres, que tienen que ser valientes. A las cinco de la mañana, cuando venga a buscarte el Padre Roberto para empezar la jornada, te encontrará muerta, todavía caliente. Siete horas de brazos silenciosos y de sangre.

Llevabas apenas seis meses en México, en la Parroquia de Cuajinicuilapa -buen nombre para hacerte pueblo mexicano-, en la Diócesis de Acapulco -buen nombre para la residencia habitual de tus asesinos-. Naciste muy pobre en Pasca, cerca de Bogotá. Querías trabajar con los pobres. No querías desclasarte al hacerte religiosa. Y te hiciste pueblo.

Luz Marina... estuviste con nosotros siete años. En Bejuma y en La Victoria. Llegaste en 1974, con apenas 22 años. ¡Una chama! Ahora, con tus 35, en ese largo silencio, desangrándote bajo el catre, sin duda nos recuerdas. Tus compañeras, tus hermanas, las Misioneras de la Inmaculada Concepción, me hablan de ti, con voz queda, casi como quien pide perdón. Sienten un gran dolor -¡esas siete horas tuyas!-. Y un gran gozo y una paz. Dios te ha visitado. Dios las ha visitado. No quieren triunfalismos martiriales. Se reconocen "lejos de vivir la cercanía real a los más necesitados, como proceso de conversión existencial"; pero quieren "vivir el seguimiento de Jesús con radicalidad". Y saben que lo que te ha pasado a ti -y lo que le pasó a Jesús- está en el horizonte de las posibilidades reales al seguir las opciones que han tomado.

Luz Marina Valencia Triviño, inscrita - un nombre más- en el largo martirologio latinoamericano cuando amanecía en nuestra América el día 21 de marzo de 1987.

Llegan más noticias de México: los asesinos siguen libres, aunque todo el mundo los conoce; el pueblo se ha sacudido el terror y empieza a organizarse; cuatro nuevas religiosas jóvenes de la misma congregación, procedentes de la Argentina, van a llegar dentro de unos días para trabajar en la misma zona.

